

Ciencias Sociales

Revista de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas

Diciembre del 2000

19

II Epoca

MAX WEBER: SOCIOLOGIA Y POLITICA

Las dos caras de la
administración burocrática
en la obra de Max Weber
César Colino y Eloísa del Pino

Weber en la interpretación
del populismo en América
Latina
Nicanor Jácome

La humanidad de Max Weber
Enzo Rutigliano

Max Weber y la sociología como
crítica valorativa
Julio Echeverría

Max Weber: modernidad,
racionalización y política
Rafael Romero

Ciencias Sociales

Revista de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas

Director:

Julio Echeverría

Comité Asesor:

Hans Ulrich Bünger

Leonardo Espinoza

Joaquín Hernández

Nicanor Jácome

César Montúfar

Alejandro Moreano

Rafael Quintero

Carlos Tutivén

Consejo Editorial:

César Albormoz

Milton Benítez

Alfredo Castillo

Pablo Celi

Manuel Chiriboga

Mauricio García

Daniel Granda

Gonzalo Muñoz

Alicia Ponce

Napolcón Saltos

Mario Unda

Silvia Vega

Marco Velasco

Fundada en 1976
por Rafael Quintero

Las ideas vertidas en los artículos de esta publicación son responsabilidad de sus autores y no corresponden necesariamente a los criterios de esta Revista. La Revista Ciencias Sociales no se compromete a devolver los artículos no solicitados.

Para correspondencia dirigirse a:
Escuela de Sociología y Ciencias Políticas
Universidad Central del Ecuador
Ciudadela Universitaria
Teléfono (5932) 558847
Fax (5932) 565822
Correo electrónico: jechever@uio.satnet.net

Esta Revista se publica con el auspicio del Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales ILDIS

Impreso en:

 EDITORIAL
UNIVERSITARIA

2001

La humanidad de Max Weber

Enzo Rutigliano*

Sumario

'La filosofía de un hombre es su biografía', resalta Rutigliano, al presentarnos una aguda visión de la obra de Max Weber, iluminada por los datos de su biografía personal. Seguramente como en ningún otro autor, en Weber esta relación es fundante, porque su vida está trazada de intensas relaciones personales con lo más destacado de la intelectualidad alemana de fines del siglo XIX y de comienzos del XX. Una interesante y complicada operación que nos entrega la figura humana de Max Weber, y que ilumina desde esa perspectiva al conjunto de su obra extensa y magistral.

Max Weber introduce la tragedia en la sociología. Y la tragedia está en esto, que de la *cultura* –entendida aquí como aquello que el hombre ha producido en la historia movido por sus valores– nosotros podemos conocer solamente “una parte finita de la infinidad sin sentido del devenir del mundo, a la cual se le atribuye sentido y significado desde el punto de vista del hombre” y continúa, “Nosotros somos seres culturales dotados de la capacidad y de la voluntad de asumir conscientemente posiciones frente al mundo y de darle un sentido”.¹

Lejos por tanto de aquellos autores que depositan su fe en la posibilidad de conocer objetivamente la realidad social y física a través de leyes que era suficiente descubrirlas en la naturaleza o en la historia. Con

* Profesor de la Università degli Studi di Trento (Italia).

1. Weber, M. *Il Metodo delle Scienze Storico sociali*, Einaudi, Torino, p. 96.

Weber asume como punto de partida la incognoscibilidad objetiva de la realidad social, si no es solamente la de “una parte finita” y de todas formas, a partir de un interés cognoscitivo subjetivo, opinable: “todo conocimiento de la realidad cultural es siempre (...) un conocimiento desde particulares puntos de vista”.²

Estamos, entonces, en otro mundo.

Pero, ¿qué mundo es éste, cuáles sus puntos de referencia, cuáles sus certezas?

Weber está en el centro de una constelación de autores que ven en Kant un punto de referencia lejano. Nietzsche inspirador radical y los neo-kantianos Dilthey, Windelband y Rickert. Una constelación que ofrece a Weber un punto de referencia filosófico (Kant y después Nietzsche) y una instrumentación metodológica (los neo-kantianos) que le permiten construir una sociología distinta a la del positivismo, a la del funcionalismo y a la del materialismo histórico.

La siguiente cita de Nietzsche nos enseña inmediatamente este mundo: “Quien no entienda en qué medida la historia es brutal y sin sentido, tampoco podrá entender el impulso para dar sentido a la historia”.³ Parece una paráfrasis de la cita precedente de Weber. Obviamente es lo contrario.

La historia, por lo tanto, no tiene un desarrollo necesario hacia un fin: antihistoricismo (Marx) y antipositivismo (Comte, Spencer). Por lo tanto, somos nosotros quienes damos sentido a la historia y para reconstruir “una parte finita” de la cultura debemos referirnos al sentido que los hombres han dado a sus acciones.

Detengámonos, por ahora, en este punto; veremos enseguida cómo Weber, partiendo de estos presupuestos, desarrolla luego su propia metodología. El método de las ciencias histórico sociales. Como él dice.

Veamos ahora quién era Weber. Y nos sirva como viático una cita de la biografía escrita por su mujer, Marianne: “la filosofía de un hombre es su biografía”.

2. Ibid., p. 97.

3. Nietzsche, F. *Sull'Utilità e il Danno della Storia per la Vita*, Adelphi, Milano, cf. Cap. VII.

Max Weber nace el 21 de abril de 1864 en Erfurt, en Turingia, en una familia de la alta burguesía. Una familia del tipo de aquella descrita por Thomas Mann en su novela *Los Buddenbrook*. Una familia de personas cultas pero provenientes del comercio y de la industria. Su padre, jurista, se establece en Berlín en 1869 proveniente de la Westfalia. Aquí termina ocupando puestos de relieve en el consejo municipal y se convierte en diputado en el consejo de Prusia y después en el Reichstag. En suma, desempeña un rol importante en la política nacional como representante del partido liberal de derecha que es expresión de los intereses de la burguesía industrial moderna frente al partido que representa los intereses de los terratenientes, de los *junkers* prusianos. En este clima se formó Weber y permaneció políticamente fiel a él cuando entró a la política —si bien con escaso éxito— como veremos.

La madre, Helene Fallenstein, mujer de gran cultura, que tuvo un rol importante en la formación del hijo, le transmitió a éste el interés por la religión y por los problemas sociales. Tuvo una influencia notable en él que le duró toda la vida, hasta su muerte ocurrida en 1919.

Como se puede imaginar en casa de los Weber se podía tener constantemente la percepción de los problemas del país, por así decirlo, de primera mano. La casa era frecuentada no solamente por la flor y nata de la política liberal avanzada en oposición al giro autoritario de Bismarck en 1878 y, después, al poder personal del Kaiser Guillermo II, sino también por muchos intelectuales amigos de la madre. Dilthey, Mommsen, Sybel, Treitschke y también jóvenes que luego se volverían famosos.

En este clima se dio la formación de Max Weber, primero como estudiante y después como estudioso y profesor universitario. Al comienzo sin brillar particularmente: estudiante de liceo en la educación media, consigue el diploma, el *Abitur* a los 18 años y se inscribe en la facultad de leyes en Heidelberg ocupándose también de teología y economía, de historia y de filosofía. Además, participa en la vida de las corporaciones estudiantiles como era costumbre de los universitarios de entonces: desde conferencias a discusiones, a duelos.

Después de un año de estudios, Weber decide hacer el servicio militar. Es enviado a Strasburgo primero como soldado simple, luego como oficial. Rango del cual siempre estuvo orgulloso al punto, parece, de frecuentar las lecciones durante la Primera Guerra Mundial en uniforme. Y esto no obstante desaprobaba los métodos de la guerra naval submarina alemana durante la Primera Guerra Mundial.

En 1884, terminado el servicio militar, retoma sus estudios en las universidades de Berlín y de Gottingen.

El 1889 obtiene la *Juristische Promotion* con una tesis sobre las sociedades comerciales del medioevo y en 1892 su habilitación con un estudio sobre la historia agraria romana muy apreciada por el histórico Mommsen. En ese tiempo se había convertido en miembro del *Verein für Sozialpolitik*, el círculo fundado por Gustav Schmoller interesado en el estudio y en la resolución de las cuestiones sociales planteadas por los problemas de la transición industrial en la Alemania de su tiempo. Y es el *Verein* el que, en 1890, le pide un estudio sobre los campesinos de la Prusia oriental que podemos decir es la primera investigación sociológica de Weber donde aparece por primera vez su tendencia a dar relieve a los factores culturales en la determinación de los comportamientos prácticos.

Es en estos años que toma parte activa en la fundación de la Asociación Alemana de Sociología en cuyo primer Congreso, en 1910, tomará posición netamente contra la ideología racista que surge bajo la forma de ciencia eugenética en Europa y no solamente en Alemania. Con mayor precisión, Weber enfrenta la posición de Ploetz sobre *los conceptos de raza y sociedad* subrayando la imposibilidad de asumir como científicos los conceptos de *raza* o también de *sociedad* en cuanto esencias, esto es, realidades que existen efectiva y realmente pero solo como conceptos mayéuticos. Pero, probablemente, su intervención más significativa en este concepto es aquella que lo lleva a polemizar con Sombart y a expresar –por primera vez con claridad– su relación metodológica con el materialismo histórico de Marx. En primer lugar, Weber toma posición pública contra los malentendidos y las deformaciones del marxismo. Solo que, para él, el materialismo histórico es aceptable en cuanto doctrina típica-ideal. Válida solamente si se la asume como punto de vista del cual partir para la investigación renunciando explícitamente a su valor de verdad absoluta.

Pero será justamente por cuestiones metodológicas, que, el año sucesivo, en 1912, abandonará el directorio de la asociación. En ese entonces, en 1893, conoce y contrae matrimonio con Marianne Schnitger, mujer que tendrá un papel importante en su vida y que se convertirá en la autora de su monumental biografía,⁴ hasta hoy insuperada si bien controvertida. No solo eso, después de la muerte de Weber será también la

4. Weber, Marianne, *Max Weber. Una biografía*, Il Mulino, Bologna 1995.

ordenadora (también en esto impugnada) de la obra incompleta, el tratado de sociología general, *Economía y Sociedad*.

En este punto la fama de Weber se ha consolidado y es invitado a la cátedra de Economía Política en Friburg no obstante la oposición del poder político prusiano, en la figura del ministro Althoff que intentará oponerse a su nominación. Weber empieza a enseñar en 1894 con una conferencia sobre *el estado nacional y la política económica*.

Es este un periodo muy activo incluso desde el punto de vista de su vida política. En efecto, participa en la fundación de la *National-Soziale Verein*.

Las posiciones políticas de Weber en este periodo, como también luego, están por ubicarse a favor de un desarrollo burgués capitalista contra la clase de los grandes terratenientes. A favor, en suma, de la creación de una nueva y moderna clase dirigente democrática a la cual confiar la guía de la nueva Alemania industrial. A esta creación se opone la clase de los junkers que expresan no solo el retraso en el ámbito agrario sino que influyen directamente a la atrasada y autoritaria burocracia central. Causas que frenan –objetiva y subjetivamente– la creación de una clase dirigente expresión de un capitalismo eficiente y avanzado al cual –según Weber– se debe confiar la política de potencia alemana.

En realidad, la relación de Weber con la política activa siempre ha sido de atracción/repulsión y, finalmente, de desilusión al no lograr una posición política en la escena alemana que reflejase plenamente sus ideas. Desde el punto de vista científico, Weber ha realizado en este periodo grandes pasos hacia la elaboración de su pensamiento como nosotros hoy lo conocemos.

Después de dos años en Friburg, en el 1896, fue llamado a Heidelberg, a la cátedra que había sido de uno de sus maestros, Knies, heredero, junto a Roscher y a Hildebrand, de la escuela histórica de la economía que, al final del 800, había impulsado críticas radicales a los análisis elaborados por la economía clásica y basados en la ficción de la existencia ahistórica del homo oeconomicus. A esta abstracción ellos oponían un estudio de la economía que tuviese en cuenta las conexiones con las otras ciencias del hombre. En suma, la nueva ciencia económica tendía a explicar la economía como parte integrante del espíritu de un pueblo. Aquí había conocido a Ernst Troeltsch que enseñaba teología. La amistad y la colaboración con él fue para Weber importante: los estudios

sobre el protestantismo, la sociología de las sectas y otros conceptos de la sociología de la religión tomaron forma en las conversaciones entre los dos estudiosos.

En este año publica su estudio sobre *Las causas sociales de la decadencia de la sociedad antigua*.

Es a este punto que se abate sobre nuestro autor una depresión terrible que lo obligará a abandonar los estudios y la enseñanza universitaria que será retomada, si bien no de manera intensa, de allí a cinco años, en 1902 y, el año sucesivo, abandonada definitivamente dada la imposibilidad de dedicarse con toda la atención que lo caracterizaba en esa actividad. Al momento de abandonar por primera vez la Universidad, Weber recibió de sus estudiantes un pergamino con la siguiente dedicatoria:

*“¡Veneradísimo señor profesor y maestro! Buena fortuna para el viaje. Nosotros –no solo quienes firmamos sino todos aquellos que usted ha influenciado de por vida– le auguramos un pronto y feliz retorno por el orgullo y la promoción de la ciencia y por la felicidad sincera de sus reconocidos estudiantes”.*⁵

Los años de la depresión de Weber fueron terribles: sentado junto a la ventana fijaba la mirada en el vacío por horas, incapaz de reaccionar a cualquier estímulo.

Poco a poco salió de la situación, reencontrando interés en la vida y en el viajar, sobretodo pasando largos periodos en Italia. Había aprendido el italiano en la época de sus estudios sobre la historia agraria romana y la vida en Italia parece lograr sedar el ansia y la angustia que no le daban tregua. Roma, Nápoles, Pompeya, Paestum, Florencia, los lugares que distraen a Weber del presente sumergiéndole en un pasado que conoce y ama y que tiene poder taumatúrgico sobre su ansiedad. En el teatro griego de Taormina Weber lee pasajes de Homero y reconoce el “mar color del vino”.

En 1902, decíamos, Weber parece haber salido de la oscuridad de la depresión. Retoma parcialmente la enseñanza y empieza a ocuparse de la sociología. Es de 1903 la fundación de una de las más importantes revistas europeas de ciencias sociales. Revista que Weber funda junto a Werner Sombart, el *Archivo para la Ciencia Social y la Política Social*.

5. Citado en Marianne Weber, op. cit., p. 323.

En esta revista Weber publicará de ahora en adelante la mayor parte de sus escritos de sociología de la religión; comenzando por *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, elaborado y meditado también después del viaje a los Estados Unidos que hizo en 1904. Sobre la importancia y la fortuna de esta obra juvenil de Weber deberían decirse algunas cosas.

Antes que nada, la desproporción entre los estudios, las interpretaciones y las polémicas que ésta produjo desde su apareamiento —y que no dejaron nunca de ser la parte mayor de la atención dedicada a Weber— y la real dimensión de su valor respecto a *Economía y sociedad*, su obra publicada póstuma en 1921 editada por su mujer y que debería ser el compendio de sociología al cual Weber dedicó gran parte de sus últimas energías. *La ética protestante*, todavía hoy, es su obra más famosa, más leída, más utilizada, pero que ciertamente no puede representar —y no representa en efecto— toda su obra. O también respecto a la obra que va bajo el título de *Sociología de la religión*, también ésta publicada póstuma en dos grandes volúmenes.

¿Porqué entonces todo este interés, todas estas polémicas, estas interpretaciones? Dejando a un lado la interpretación de parte y deliberadamente instrumental en clave antimarxista de Parsons seguramente tiene fundamento la impresión de que es justamente la sombra de Marx la que confiere tanta importancia a esta obra juvenil de nuestro autor.

Ya sea que se tome en serio lo que Weber dice a propósito, esto es, que no quiere contraponerse a Marx sino solo ofrecer otro punto de vista, otro interés cognoscitivo, en la interpretación del nacimiento del capitalismo, ya sea que se asuma *La Ética* como *la otra* interpretación alternativa a la Marx y como la obra que desmiente el materialismo histórico, en todo caso, decíamos, es Marx el que confiere a este trabajo la razón de su enorme éxito. Se debe de todas maneras reconocer que la obra de Weber fue conocida y avivada justamente por las polémicas que logró desencadenar. Y no nos referimos a Parsons, sino que mucho antes de él existieron otros dos distanciamientos polémicos y dolorosos, el de Luckacs y el de Marcuse. Y sin estos dos distanciamientos polémicos, probablemente no hubiera existido tampoco la utilización de Parsons. En suma, sin *La ética protestante*, probablemente Weber sería ahora un clásico “muerto”.⁶

6. Véase el ensayo iluminante a este propósito W. Hennis, “La problemática de Max Weber” en H. Treiver, *Para leer Max Weber*, Cedam, Pádova 1993.

El viaje a los Estados Unidos es muy importante para Weber. Además de darse cuenta lo determinante que fue en el nuevo mundo la religión en los comportamientos económicos, los Estados Unidos producen en él una profunda impresión. Tanto porque descubre todavía el apareamiento del espíritu de las sectas protestantes –sobre todo en los *college*– por ejemplo el cuáquero, en Filadelfia, en cuya biblioteca encuentra materiales para su estudio sobre el espíritu del capitalismo, tanto porque el gigantismo de las ciudades americanas –sobre todo New York y Chicago– le ofrecen una nueva dimensión del desarrollo capitalista.

Las cartas a la madre de este periodo, además la biografía de Marianne, dan la medida de cuánto este viaje fue importante para la visión que Weber tendrá en el futuro del capitalismo. *La ética* aparece en el *Archiv* en 1904-5 y, enseguida después, *Las sectas protestantes y el espíritu del capitalismo*, que aparece en la “Christliche Welt” en 1906.

Es un periodo de trabajo intenso y fértil; aparecen en efecto los primeros estudios metodológicos: *La objetividad cognoscitiva de la ciencia social y de la política social* (1904) y los *Estudios críticos en torno a la lógica de las ciencias de la cultura* (1906), ambos en el *Archive*.

Durante este periodo y hasta la explosión de la Primera Guerra Mundial, se va formando junto a Weber un círculo de intelectuales entre los más interesantes de su tiempo, de diversa orientación política.

Es la sala de casa Weber el centro de los encuentros. Friedrich Gundolf, Karl Jaspers, Werner Sombart, Roberto Michels, George Simmel, Ernst Bloch y George Luckács. Estos últimos dos destinados a convertirse, de allí en poco tiempo, en los más autorizados representantes del llamado marxismo occidental.

Este círculo intelectual opera como *pendant* de aquel igualmente famoso de Stefan George y Ludwig Klages, dirigido a intereses estéticos e incluso místicos hacia los cuales nutría sospecha y desconfianza, si bien, años atrás, interesado en ellos. Numerosas son las intervenciones de Weber –en este periodo– en el ámbito del *Verein für Sozial Politik*. Frecuentación que nunca abandonó.

Todavía un escrito metodológico, esta vez aparecido en “Logos”: *Sobre algunas categorías de la sociología comprensiva*. Estos escritos, todos de argumento metodológico, serán recogidos juntos y publicados con el

título *El método de las ciencias histórico-sociales*. En 1922 en Tübingen al cuidado de J. Winckelmann y traducidos al italiano al cuidado de Pietro Rossi y publicados por Einadi en 1958.

Es también en este periodo que inician las críticas –y las respuestas de Weber– a las tesis mantenidas en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*.

En tanto, la guerra estaba por estallar. El suicidio de Europa estaba por comenzar.

Al estallido de la guerra Weber pide ser enrolado. Su posición filoimperialista y de todas maneras leal a su país no le impide la crítica fuerte a la política de Guillermo II y de su gobierno e, íntimamente, prever la catástrofe para Alemania. Teme la entrada en la guerra de los Estados Unidos, cuyo enorme potencial industrial sabe que puede ser transformado en potencial bélico. Sabe que sería el fin para Alemania y critica la guerra submarina alemana que, hundiendo naves de pasajeros y mercantiles americanas dirigidas a Europa, provoca la indignación de la opinión pública de ese país empujándolo hacia la intervención. Numerosos son sus escritos de actualidad, dirigidos al gran público, que aparecen en los periódicos. Sobre todo, en la “Frankfurter Zeitung”; esto por toda la duración de la guerra, si bien empeñado en dirigir un grupo de hospitales militares en calidad de oficial enrolado. Y, también, sin interrumpir sus estudios de sociología de la religión. Son de este periodo los ensayos sobre *La ética económica de las religiones mundiales* además del trabajo de recolección de los escritos que deberían constituir la base para *Economía y sociedad*. Y, todavía, un escrito metodológico publicado en “Logos”, *El significado de la avaloración en las ciencias económicas y sociales* de 1917.

Hacia el final de la guerra se convierte en profesor ordinario de Economía Política en Viena. Es en esta ocasión que imparte las famosas conferencias sobre el socialismo a los oficiales austriacos. A propósito de estas conferencias, es necesario decir cuál fue la posición de Weber. Empresa no fácil porque cambiante según las circunstancias e intrínsecamente contradictoria. Para entenderla intentaremos encerrarla en un abanico de posiciones cuyas fronteras son delimitadas por algunas frases del mismo Weber. Dirigida a los socialistas: “¿En qué pueden convertirse *en realidad* vuestras esperanzas?” Y, en un congreso del Partido Democrático en Berlín, su partido: “Estamos cercanos a los socialistas independientes, tanto que casi no se distinguen las diferencias”. Y a

quien le preguntaba, en esa sede, porqué entonces no adhería a ese partido, Weber respondía: “A esa iglesia yo no voy”.

Pensamos que en estas frases se encierra la complejidad de la relación que Weber tuvo con el socialismo; muchas veces estuvo a punto de adherir a él. Allí veía la aspiración a una convivencia humana sobre nuevas bases, la voluntad de dar dignidad y justicia al trabajo obrero pero, también al mismo tiempo, se asustaba del carácter de “iglesia”, esto es dogmático e ideológico, que el socialismo tenía entonces, como a continuación el comunismo habría evidenciado. Contra las “iglesias” siempre Weber tuvo palabras de fuego y hasta el final. Por ejemplo, las últimas frases de su última conferencia *La ciencia como profesión*.

La relación con el socialismo, con los partidos socialistas y con el naciente comunismo es, sin embargo, una cosa distinta de la que Weber tuvo con el marxismo. Relación que, si bien variada y contradictoriamente interpretada, fue sin embargo central. Weber siempre se confrontó con Marx. Incluso, parece que en los últimos años, en Munich, él confió a un estudiante, regresando a casa a pie, después de haber participado en una discusión con Oswald Spengler, que: “La honestidad de un intelectual, y sobre todo de un filósofo de nuestros días se puede medir en el modo con el cual se coloca frente a Nietzsche y a Marx. Quien no admite que no habría podido desarrollar partes importantes de su mismo trabajo sin tener en cuenta a estos dos pensadores, se engaña a sí mismo y a los otros. El mundo en el cual nosotros espiritualmente vivimos en un mundo profundamente marcado por Marx y por Nietzsche”.⁷

En todo caso, las conferencias a los oficiales austríacos hacen parte de su empeño y de su lucha política durante la guerra y la inmediata posguerra. Lucha por una democracia guiada, presidencial, y por un Estado federalista. Pero, incluso más, su preocupación es por la reconstrucción del capitalismo sobre bases nuevas, por su reestructuración en la dirección de lo que ha visto en América y que le ha impresionado fuertemente.

En suma, la esperanza de Weber es reconstruir el capitalismo alemán sobre bases “puritanas”.

7. Baungarten, E. *Max Weber, Werk und Person*, Tübingen, 1964.

Entre tanto, hace parte de la dirección del Partido Democrático, pequeña formación de centro que, de todas formas, abandonará rápidamente porque no comparte el programa de socialización de la economía.

En la posguerra encontramos en el centro de sus intereses la lucha y el empeño en varios comités por una “paz justa” para Alemania. Después de Versailles, Weber nutrió fuertes resentimientos hacia la obtusidad de los aliados, compartiendo este resentimiento también con economistas como Keynes que preveían reacciones revanchistas de Alemania puesta contra las cuerdas y con la economía destruida por las ingentes deudas de guerra.

Empeñado en la comisión encargada de redactar la constitución de la República de Weimar, Weber actuó con lealtad pero también con coherencia hacia sus propios principios luchando porque en la constitución fueran introducidas posibilidades de *leadership* con la elección directa del presidente de la república.

En tanto, en 1919, Weber está de nuevo en Alemania, donde, en Munich, se le ha ofrecido la cátedra de economía que fue de Lujo Brentano. Weber está muy orgulloso y también entusiasta de volver a enseñar. Algo que, sin embargo, le cansa mucho. Apenas llega a Munich explota la revolución de los consejos de Kurt Eisner. Se trata de la cola del intento revolucionario espartaquista que estalló en Alemania algunos meses antes y que terminó en un baño de sangre en el cual encontraron la muerte también Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht, sus líderes inspiradores.

La posición y el comportamiento de Weber frente a estos acontecimientos es ejemplar para intentar comprender al personaje. Él, se sabe, dijo de sí mismo: “Soy un burgués con consciencia de clase”. Educado en los valores de la burguesía y en cuyos valores siempre pensó inspirarse. Pero, ¿en qué burguesía? En una burguesía ideal, heroica, proba y puritana que Weber nunca encontró en la realidad de su tiempo. Y fue justamente teniendo presentes los valores de la burguesía ideal que, constantemente, criticó a la burguesía real. Tanto antes como durante, e inmediatamente después de la guerra. Y, en esta crítica consecuente y coherente, a menudo se encontró en asonancia con el socialismo y con sus valores, de los cuales sufrió a veces la fascinación. Dan fe estos fragmentos escritos después de la muerte de Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht, los líderes de la revolución que él combatió hasta el cansancio: “La dictadura de la calle ha encontrado un final que yo no le he

augurado. Liebknecht era sin duda un hombre honesto. Ha convocado la calle a la lucha. La calle lo ha matado. También los consejos de obreros y de soldados eran honestos. A la burguesía no le está concedida olvidar cuánto ésta debe a su trabajo recto y honesto. Pero (...) en el momento una socialización radical es imposible”.⁸

Es como si la revolución revelara —como nunca antes había sucedido— la ambivalencia de Weber que todavía más aparecerá en Munich durante la revolución bávara, también ella destinada a terminar en sangrienta represión entre abril y mayo de 1919.

Weber, obviamente, se opone a la revolución y, sin embargo, cuando empezarán los procesos contra los jefes sobrevivientes de la represión correrá a atestiguar a favor de Otto Neurath, comisario de la socialización y sobre todo a favor de uno de los jefes de la revuelta, el joven dramaturgo y poeta Ernst Toller, jefe durante los meses de la revuelta de la armada roja bávara.

Toller estuvo entre los estudiantes que, durante el invierno de 1917-18 frecuentaron la casa de Weber discutiendo los problemas de la guerra y del pacifismo. Toller y su grupo propusieron que Weber se ponga a su cabeza adhiriendo a un manifiesto confuso que quiere un mundo gobernado por el Eros, la paz inmediata y la eliminación de la pobreza.

En suma, Weber fue muy afectado por la ausencia de sentido de realidad de estos jóvenes y, sin embargo, quedó fascinado. En el proceso, Weber dirá de él: “Dios ha hecho un político en un acceso de cólera”. Y Toller añadirá: “No Dios, sino también las lecciones del profesor Weber”.

Para Weber —y su frase lo dice claramente— Toller encarna el tipo ideal de la *ética de la convicción*, el tipo del profeta, del santo. Pero, en política, Weber propugnó con fuerza la *ética de la responsabilidad*. La política que apunta a obtener un resultado pero teniendo presente el valor de este resultado. Y es en relación a este valor que escoge los medios para alcanzar el objetivo. En suma, los medios, a veces, comprometen el fin.

Pero Toller, con su frase, ha tocado un punto neurálgico del pensamiento y de la moral de Weber que, en este periodo y en estos frangenti ha alcanzado actualidad trágica: la responsabilidad del profesor universita-

8. Citado en Marianne Weber, op. cit., p. 731.

rio frente a los alumnos. La facilidad con la cual puede desviar y extravíar a la juventud propagando sus propias convicciones políticas legitimadas en la cátedra.

Weber ha tratado este problema con detenida dignidad en una de sus últimas conferencias: *La política como profesión* sustentada en el invierno de 1918 en la universidad de Munich junto a la otra, igualmente célebre, *La ciencia como profesión*, el testamento metodológico de Weber.

Pero, también, su herencia espiritual.

En ambas conferencias Weber se niega —como siempre lo ha hecho— al rol de líder y salvador.

“No tiene nuevas salvaciones que anunciar como ellos ardientemente desean y hasta cuando Alemania esté en juego y millares mueran cada día, no se preocupa siquiera de un nuevo orden del mundo si quieren un hueso duro de roer”. El está feliz de ser maestro, en el campo político como el científico. “En esto creo conocer mi oficio”. Quien sin embargo quiere aprender de él, debe antes reconocer que la honestidad intelectual es simple virtud de la ciencia, que esa es una vocación practicada profesionalmente, al servicio de la introspección y del conocimiento de conexiones efectivas y no el don adivinos y profetas que dispensa salvaciones y revelaciones. En verdad no está allí el profeta que muchos de la nueva generación reclaman. Y es nuestro destino vivir en una época sin profetas y privada de Dios: *Una voz llama de Seir in Edom: ¡Centinela! ¿Cuánto durará todavía la noche? Y el centinela responde: Llegará la mañana, pero todavía es de noche. Si queréis preguntar regresad otra vez.*⁹

Sin embargo, en Munich, Weber reencuentra, si bien en la situación revolucionaria y dramáticamente vivida, la serenidad que solamente la enseñanza universitaria logra darle, el contacto con jóvenes inteligentes y entusiastas como Toller. Pero también, por un breve periodo, logra ocuparse de la sistematización del material preparatorio de *Economía y sociedad* que no tendrá tiempo de completar porque la muerte está en espera.

9. Marianne Weber, op. cit., p. 688.

Inesperada y sin previo aviso alguno, sino son los fastidios de una influenza mal curada por unos diez días. Descubierta luego una pulmonía ya profundamente radicada. Weber delira. Ve en su propia cabecera a un estudiante que con él debía discutir la tesis justo en esos días. En el delirio de la fiebre discute con él y le hace las loas como si estuviera frente a la comisión de grado.

Muere el 14 de junio de 1920.

Marianne Weber reporta sus últimas palabras pronunciadas "...no os preocupéis, tanto no sirve de nada".

Bibliografía

Baumgarten, E.

1964 *Max Weber, Werk und Person*, Tübingen, 1964.

Hennis, W.

1993 "La problemática de Max Weber" en H. Treiver, *Para leer Max Weber*, Cedam, Pádova.

Nietzsche, F.

s.f. *Sull'Utilità e il Danno della Storia per la Vita*, Adelphi, Milano.

Weber, M.

s.f. *Il Metodo delle Scienze Storico sociali*, Einaudi, Torino,

Weber, Marianne

1995 *Max Weber. Una biografia*, Il Mulino, Bologna.